



Palabra de Dios

Os tomaré de entre las naciones, os recogeré de todos los países y os llevaré a vuestro suelo. Os rociaré con agua pura y quedaréis purificados; de todas vuestras impurezas y de todas vuestras basuras os purificaré. Y os daré un corazón nuevo, infundiré en vosotros un espíritu nuevo, quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Infundiré mi espíritu en vosotros y haré que os conduzcaís según mis preceptos y observéis y practiquéis mis normas. Habitaréis la tierra que yo di a vuestros padres. Vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios.

Ez 36, 24-28

Índice

<i>¿Una Iglesia sin Profecía?</i>	1
<i>¡Quiero ser profeta de Dios!</i>	2
<i>¡Recordemos qué es la Renovación Carismática Católica!</i>	4
<i>Este mes: La Intercesión Para meditar</i>	6
<i>Un encuentro fraterno y bendecido</i>	8
<i>El rincón de vuestros Testimonios</i>	9
<i>A tu servicio</i>	10
	11

¿Una Iglesia sin profecía?

La Renovación Carismática, nos recuerda el P. Rainiero Cantalamessa en la charla que reproducimos en este boletín, está llamada a prestar un servicio profético dentro de la Iglesia. “Sin profecía la Iglesia languidece”.

El profeta es aquel que, antes de hablar, vive la experiencia de haber sido elegido por Dios gratuitamente. Se sabe llamado, al tiempo que pobre; seducido por Aquel que le ha llamado, y, por eso, incapaz de resistirse cuando le llega la hora de hablar en su nombre. El profeta vive a la escucha de Dios y de la realidad que le rodea. Sabe mirar la realidad con los ojos de Dios y por eso se atreve a hablar. Unas veces para anunciar y recordar al pueblo la alianza de amor que Dios ha hecho con sus hijos... otras para denunciar el pecado de su pueblo, las desviaciones del culto o la injusticia.

No es fácil ser profeta. La vida del profeta se ve alterada por su fidelidad al Dios de quien se siente siervo. Frecuentemente vivirá en conflicto con reyes y sacerdotes, con los poderes públicos o con su propia familia. Así fue para los profetas del Antiguo Testamento y también para los del Nuevo. Jesús mismo advierte a los suyos de que serán llevados ante los tribunales, juzgados y condenados por su nombre... y por eso serán bienaventurados.

No es fácil mantener viva la profecía. En este momento crítico de la Renovación Carismática en España, tenemos que preguntarnos con el P. Cantalamessa: “Sólo otro movimiento más de la Iglesia, ¿es esto lo que queremos?”. ¿Podremos mantener viva la profecía si olvidamos que la novedad de la Renovación consiste precisamente en “no ser un movimiento eclesial con un fundador, una Regla y una espiritualidad propia, sino más bien, en ser una corriente de gracia para la renovación de toda la Iglesia”?

Institucionalizar los carismas tiene siempre sus riesgos. A veces es la mejor manera de apagarlos. Por eso la invitación que nos hace el P. Cantalamessa a ser “profetas de Dios” es de una actualidad rabiosa.

Mantengamos viva la profecía anunciando sin complejos la fuerza imparable del Espíritu que hemos experimentado en la Renovación, demos gratis lo que hemos recibido de balde y no tengamos miedo a denunciar cualquier situación que, dentro o fuera de la Renovación, secuestre el poder que sólo le pertenece a Dios.

El equipo de servidores de la Zona Centro

¡ Quiero ser profeta de Dios!

El 3 de Mayo de 2000, en San Juan de Letrán, 750 carismáticos de todo el mundo escucharon esta enseñanza del P. Raniero Cantalamessa. El tema resulta especialmente actual en el momento que vive la Renovación Carismática en España

«El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha ungió».

Me ha enviado a anunciar a los pobres la Buena Nueva, a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor» (Lc 4 18-19).

Con estas palabras, proclamadas en la sinagoga de Nazareth inmediatamente después de su bautismo en el Jordán, Jesús inauguró el primer jubileo cristiano de la historia: un año de gracia del Señor.

El jubileo se enraíza en el Espíritu Santo. Hasta el año 1300, el año que Bonifacio VIII instituyó el jubileo en su manera actual, se consideró Pentecostés como el jubileo anual de la Iglesia, porque sucedió en el día cincuenta, lo mismo que lo hacía el jubileo cada cincuenta años (Origen). Un himno medieval para Pentecostés dice: «¡Descubre el misterio! / Y verás / que esta fiesta santa / alcanza el jubileo» (Adán de San Víctor).

Todos los beneficios que asociamos con la idea de jubileo - remisión del pecado, rescate de la esclavitud, vista para los ciegos, sanación

de los corazones rotos, reconciliación con Dios - todo, después de la Pascua, se contiene en una sola frase: ¡el Espíritu Santo!

El verdadero jubileo es, ante todo, un don gratuito de Dios, un «año de gracia del Señor». Recuerdo un incidente que sucedió al final de la última guerra, el día en que los alemanes empezaron a retirarse de mi ciudad. Se extendió el rumor de que los almacenes militares estaban abiertos y cualquiera podía ir y coger lo que necesitara. ¡Imaginad la reacción de la gente que había sufrido una hambruna terrible y que había carecido de las cosas más básicas! Todavía puedo recordar las colas de gente que llegaban desde el campo, alentándose unos a otros para seguir, y luego la vuelta a casa, algunos llevando comida, otros mantas u otros suministros.

¡Este Gran jubileo debería ver lo mismo! ¡Los almacenes de la misericordia y la gracia de Dios están abiertos! A todos la Iglesia repite la invitación que leemos en Isaías:

«¡Oh, todos los sedientos, id por agua y los que no tenéis plata venid, comprad y comed, sin plata y sin pagar vino y leche!» (Is 55 1)



Nosotros en la R e n o v a c i ó n Carismática hemos experimentado lo que Isaías describe en estas palabras. Sabemos lo que significa «no tener plata», ser pobres, miserables, completamente indignos, y a pesar de todo ello, recibir el agua viva, el vino nuevo, la leche y la miel del Espíritu Santo.

Los organizadores han hecho bien al vincular este encuentro mundial de la Renovación Carismática Ca-

tólica en Roma con el que tuvo lugar en 1975 y culminó en el encuentro con el Papa en San Pedro.

Ahora es el momento de preguntarnos hasta donde hemos llegado desde entonces: es un momento para el discernimiento. En ese momento, nuestra mayor aspiración era ser reconocidos y aceptados por la Iglesia. Sorprendentemente, dadas las circunstancias, ese reconocimiento llegó, aunque sólo de una manera oral y no oficial. Pablo VI definió la Renovación como «una oportunidad para la Iglesia». De hecho le dio un lema y un programa en las conocidas palabras que recordé en Rimini: *Laeti bibamus sobriam profusionem Spiritus*, bebamos con alegría de la sobria abundancia del Espíritu.

Ahora, 25 años más tarde, ¿a qué

Ha llegado el momento de preguntarnos: ¿Cuál es el servicio que estamos llamados a dar a la Iglesia, la razón por la que el Señor hizo surgir la Renovación Carismática en la Iglesia Católica?

aspiramos? ¿Qué estamos buscando? Entretanto, la Renovación Carismática ha recibido más de un reconocimiento, formalmente y también en la práctica. Con más y más frecuencia, se le encomiendan tareas a la Renovación, cosas que organizar, puestos que ocupar. No es ningún secreto que se cuenta mucho con nosotros.

Ha llegado el momento de preguntarnos: ¿Cuál es el servicio que estamos llamados a dar a la Iglesia, la razón por la que el Señor hizo surgir la Renovación Carismática en la Iglesia Católica? Aquí debo abrir mi corazón a vosotros como un hermano. Me temo que todo este reconocimiento nos está haciendo olvidar la única cosa necesaria, sin darnos cuenta. No está en cuestión nuestra fidelidad a la jerarquía.

Todos nosotros amamos a la Iglesia y deseamos servirla: sobre este punto no hay discusión. La pregunta es: ¿Qué servicio estamos llamados a dar a la Iglesia? Es el «servicio de las mesas», como se dice en los Hechos de los Apóstoles, o es la «oración y el ministerio de la Palabra» (Hch 6, 2-4)?

Muchos laicos al principio abrazaron la Renovación felices de que al fin podían contribuir a construir la Iglesia haciendo algo más que simplemente ayudar al párroco a hacer fiestas y las rifas parroquiales y cosas así. El servicio que damos a la Iglesia es un servicio profético. Sin él, ya no tendríamos razón de existir. Hay innumerables cosas que otra gente hace, y lo hace bien. El nuestro es un servicio humilde, pero indispensable. Sin profecía, la Iglesia languidece, su mensaje no puede penetrar el corazón.

¿Qué quiero decir con profecía? Quiero decir lo que Pablo quería decir cuando escribió: «Por el contrario, si todos profetizan y entra un infiel o un no iniciado, será convencido por todos, juzgado por todos. Los secretos de su corazón quedarán al descubierto y, postrado rostro en tierra, adorará a Dios confesando que Dios *está verdaderamente entre vosotros*» (1 Co 14, 24-25).

Todos recordamos los días cuando, si se comenzaba a orar en un encuentro de carismáticos, incluso

El servicio que damos a la Iglesia es un servicio profético. Sin él, ya no tendríamos razón de existir...El nuestro es un servicio humilde, pero indispensable. Sin profecía, la Iglesia languidece, su mensaje no puede penetrar el corazón.

las personas ajenas que estaban presentes - fotógrafos, técnicos de TV - ¡incluso las piedras!, se rendían por la sensación de lo sobrenatural. ¿Y ahora? **¿No es cierto que nuestras**

asambleas se están volviendo cada vez más como cualquier encuentro normal de fieles?

Sólo otro movimiento más de la Iglesia: ¿es esto lo que queremos ser? La jerarquía tiene todo el derecho de insistir en que encontremos nuestro lugar dentro de unas determinadas realidades canónicamente reconocibles, para que sepan con quien están tratando. Tienen todo el derecho de considerarnos como uno más entre los muchos movimientos eclesiales. **El tema es, ¿vamos a terminar considerándonos nosotros mismos como un movimiento más como el resto, una fuerza en la Iglesia, completa en sí misma que hace sentir su presencia en más y más nuevas áreas?**

Experiencias pasadas en la Iglesia demuestran que ésta es la mejor manera de rebajar al mismo nivel todas las órdenes religiosas y hacerlas perder su carisma particular, y por lo tanto perder también su vigor inicial. De nuevo, lo que está en cuestión no es nuestro crecimiento en comunión y colaboración con otros movimientos eclesiales. Esto ha sido recomendado por el Papa mismo y está en la naturaleza de los carismas reconocer y aceptarnos unos a otros como provenientes del mismo Espíritu.

Pero debemos preservar lo más posible el espíritu y la novedad de la Renovación, que consiste en no ser un movimiento eclesial con un fundador, una Regla y una espiritualidad propia, sino más bien, en ser una corriente de gracia para la renovación de toda la Iglesia.

Personalmente, estoy agradecido a todos esos hermanos que han trabajado a lo largo de los años para establecer las relaciones de confian-

za y cooperación cuyos frutos vemos hoy. Este es un beneficio precioso y nadie lo discute.

La pregunta es: ¿qué vamos a hacer ahora con este aprecio de la jerarquía? ¿Qué uso vamos a hacer de ello? ¿Dejaremos que el éxito se nos suba a la cabeza, y perder de vista el propósito de Dios al suscitar la Renovación? (allí está el peligro). ¿Lo utilizaremos para volvernos cada vez más una le-

vadura profética, una presencia carismática, en la Iglesia? Alguien, en los primeros días, definió el propósito de la Renovación en una sola frase: «**¡Devolverle el poder a Dios!**» Es una definición que necesitamos recordar hoy, más que nunca.

En 1992 hubo en Monterrey, México, un retiro por el 500 aniversario del descubrimiento de América, al que asistieron 1700 sacerdotes y 70 obispos de toda América Latina. Durante una Misa, después de la Comunión, oraron por una nueva unción del Espíritu. Fue un verdadero momento de Pentecostés. Los obispos y sacerdote arrodillados, orando unos por otros y pidiendo a los seculares presentes que oraran por ellos.

En la homilía yo había enfatizado la necesidad que tiene la Iglesia de profetas. Estaba sentado solo en el presbiterio intercediendo por la asamblea. Un sacerdote joven vino directo hacia mí, se arrodilló y dijo, «Bendígame, Padre: ¡quiero ser profeta de Dios!». Me dio un escalofrío, podía ver que iba en serio y que Dios realmente le estaba llamando. Le bendije y se marchó en silencio.

Que manera más espléndida de concluir esta peregrinación jubilar a Roma: id a casa con esta misma decisión en vuestro corazón: **quiero ser profeta de Dios.**



¡Recordemos qué es la Renovación Carismática Católica!

A continuación reproducimos el extracto de una entrevista que realizó Zenit.org al P. Raniero Cantalamessa en Castelgandolfo con ocasión de un retiro para más de 10000 delegados de la Renovación Carismática de todo el mundo en septiembre de 2003

En la Iglesia hay fieles que consideran que el «bautismo en el Espíritu» es una invención de los carismáticos. Incluso que le han puesto nombre a una vivencia, pero que no está «catalogada» en la Iglesia. ¿Podría explicar, desde su propia experiencia, qué es el bautismo en el Espíritu?

El bautismo en el Espíritu no es una invención humana, es una invención divina. Es una renovación del bautismo y de toda la vida cristiana, de todos los sacramentos. Para mí fue también una renovación de mi profesión religiosa, de mi confirmación, de mi ordenación sacerdotal. Todo el organismo espiritual se reaviva como cuando el viento sopla sobre una llama. ¿Por qué el Señor ha decidido actuar en este tiempo de esta manera tan fuerte? No lo sabemos. Es la gracia de un nuevo Pentecostés.

No es que la Renovación Carismática haya inventado el bautismo en el Espíritu. De hecho, muchos lo han recibido sin saber nada de la Renovación Carismática. Es una gracia; depende del Espíritu Santo. Es una venida del Espíritu Santo que se traduce en arrepentimiento de los pecados, que hace ver la vida de una manera nueva, que revela a Jesús como el Señor viviente —no como un personaje del pasado— y la Biblia se convierte en una palabra viva. Eso la verdad es que no se puede explicar.

Hay una relación con el bautismo, porque el Señor dice que quien cree será bautizado y será salvado. Nosotros hemos recibido el bautismo

de niños y la Iglesia ha pronunciado nuestro acto de fe; pero llega el momento en que nosotros tenemos que ratificar lo que ha sucedido en el bautismo. Esta es una ocasión para hacerlo, no como un esfuerzo personal, sino bajo la acción del Espíritu Santo.

No se puede afirmar que cientos de millones de personas estén equivocadas. Yves Congar, este gran teólogo que no pertenecía a la Renovación Carismática, en su libro sobre el Espíritu Santo afirmaba que la realidad es que esta experiencia ha cambiado profundamente la vida de muchos cristianos. Y es un hecho. La ha cambiado y ha iniciado caminos de santidad.

Desde su punto de vista, ¿tienen los miembros de la Renovación Carismática una vocación específica dentro de la Iglesia?

Sí y no. La Renovación Carismática, tenemos que decirlo y repetirlo, no es un movimiento eclesial. Es una corriente de gracia que está destinada a transformar toda la Iglesia: la predicación, la liturgia, la oración personal, la vida cristiana. Así que no es una espiritualidad propia. Los movimientos tienen una espiritualidad y acentúan un aspecto, por ejemplo la caridad. Ante todo, la Renovación Carismática no tiene fundador; ninguno piensa en atribuir a la Renovación Carismática un fundador porque es algo que ha empezado en muchos lugares de diferentes maneras. Y no tiene una espiritualidad; es la vida cristiana vivida en el Espíritu.

Pero se puede decir que como la gente que ha vivido esta experiencia constituye socialmente una realidad —son personas que hacen determinados gestos, oran de cierta manera— entonces se puede identificar una realidad social cuyo papel es simplemente el de ponerse a disposición para que otros puedan tener la misma experiencia, y después desaparecer. El cardenal L. J.

Suenens, que fue el gran protector y partidario de la Renovación Carismática en los comienzos, decía que el destino final de la Renovación Carismática podría ser el de desaparecer cuando esta corriente de gracia haya contagiado a toda la Iglesia.

¿Qué mensaje le gustaría lanzar al creyente que desconoce la Renovación?

Quiero decir a los fieles, a los obispos, a los sacerdotes, que no tengan miedo. Desconozco porqué hay miedo. Tal vez en alguna medida porque esta experiencia comenzó entre otras confesiones cristianas, como pentecostales y protestantes. Sin embargo, el Papa no tiene miedo. Ha hablado de los movimientos eclesiales, incluso de la Renovación Carismática, como de signos de una nueva primavera de la Iglesia, y muy a menudo hace hincapié en la importancia de esto. Y Pablo VI afirmó que era una oportunidad para la Iglesia.

No hay que tener miedo. Hay Conferencias Episcopales, por ejemplo en América Latina —es el caso de Brasil—, donde la jerarquía ha descubierto que la Renovación Carismática no es un problema: es parte de la solución al problema de los católicos que se alejan de la Iglesia porque no encuentran en ella una palabra viva, la Biblia vivida, una posibilidad de expresar la fe de manera gozosa, de forma libre, y la Renovación Carismática es un medio formidable que el Señor ha puesto en la Iglesia para que se pueda vivir una experiencia del Espíritu, pentecostal, en la Iglesia católica, sin necesidad de salir de ella.

Tampoco hay que considerar que se trata de una «isla» en la que se reúnen algunas personas que son un poco emocionales. No es una isla. Es una gracia destinada a todos los bautizados. Los signos externos pueden ser diferentes, pero en su esencia es una experiencia destinada a todos los bautizados.

Este mes : *La intercesión*

Esta es la Enseñanza que el P. Pedro Reyero, O.P., q.e.p.d dió en otoño de 1996 al Grupo Maranatha de Madrid

Como vemos en este texto de san Pablo (Rm 8, 26-39), la intercesión pertenece al amor de Dios, manifiesta el amor de Dios y está dentro del plan de salvación de Dios. Interceder significa cambiar el juicio por la misericordia. Y me explico: cambiar el juicio por la misericordia es renovar la alianza, la nueva y eterna alianza que Dios quiere hacer con el hombre.

Cuando el Señor hizo alianza con el hombre, éste pecó y, por su pecado, se culpabilizó. Y esta culpabilidad ante Dios fue la que impidió que la alianza, el amor de Dios, se realizase de un modo profundo y total. Me estoy refiriendo a que todos somos hijos de Adán y, por tanto, hijos de la culpabilidad. A través de la historia de la salvación todos los que han intercedido ante Dios por el hombre –Moisés, Isaías, Jeremías, nada digamos de Jesús- lo que siempre pedían es que Dios perdonase el pecado de su pueblo, porque en el fondo de la necesidad de este ministerio está el pecado: un polo de la intercesión está en Dios, que es la misericordia, pero el otro está en el pecado que engendra en el hombre cierta culpabilidad, cierto miedo, cierto deseo de encerrarse en sí mismo.

Por eso, en primer lugar, el ministerio de la intercesión es ir ayudando a Adán a que se vaya desnudando ante Dios, que no se cubra detrás del árbol, que no se oculte a la misericordia que Dios le ofrece a través de sus hermanos. Y este proceso de ayudar a desnudarse hay que hacerlo con una delicadeza suprema porque desnudar al hermano para que pueda acoger la misericordia de Dios es como desnudar a Jesucristo. Todos conocéis ese precioso cuadro

que podemos contemplar en el Museo del Prado, que refleja la delicadeza de este ministerio: el descendimiento de la cruz de Van der Weyden. Si os fijáis veréis que los personajes que están tocando el cuerpo de Jesús lo hacen a través de un paño inmaculado y con una delicadeza infinita ¡porque están tocando el cuerpo de Jesucristo herido! Pues nuestros hermanos que llegan a pedir intercesión son el cuerpo de Cristo herido y, para que muestren sus heridas, para que no tengan miedo a mostrarse ante la misericordia, hay que tener una sensibilidad y un cuidado supremos. Este es el primer paso del proceso de la intercesión.

En segundo lugar, detrás de toda petición de intercesión está el pecado, como hemos dicho, y aquí hay un detalle muy importante que debéis saber. Puede ser que alguna vez os podáis encontrar con que habéis de enviar a los hermanos, antes o después de una breve oración, al sacramento de la reconciliación. El pecado sólo lo perdona Dios y únicamente a través del cauce que él ha establecido en su Iglesia y que es el sacramento de la reconciliación. Cuando detectéis que no sólo hay heridas, que no sólo hay huellas que el pecado ha dejado, sino que hay pecado no confesado –no sentimiento sino pecado- tenéis que saber conducir a la persona a este sacramento. Si esto no está claro y no lo hacéis así, para muchas personas la intercesión se convierte en magia: –“Como ya han orado por mí y me han impuesto las manos, ya no tengo problema, ya se me ha perdonado todo...” Yo he conocido personas que han venido a que intercedieran por ellas llevando veinte o treinta años sin reconciliarse y, en ese caso, por mucho que intercedáis es como querer abrillantar las hojas de un árbol cuando la raíz está podrida: no se sana nada. En el fondo la intercesión siempre lleva a una reconciliación más pro-

funda con Dios, siempre lleva a este sacramento. Por ello, es bueno que la intercesión se haga en lugares donde haya sacerdotes cerca para confesar porque muchos interceden y, como las personas quedan muy consoladas, piensan que todo está arreglado. Pero la gracia de las gracias, a la que hay que llevar a los hombres, es aquella que sana las raíces del propio ser. Y esta gracia no es otra que la de la reconciliación, que la del perdón. No hay otra. Si no detectáis que hay hermanos que primero de todo necesitan este sacramento, igual estáis intercediendo constantemente para que el hombre viejo viva mejor, más consolado, pero no se construye el hombre nuevo que nace de la primera de las gracias: la reconciliación. Cuando Pablo habla de que el que está en Cristo es una criatura nueva, que lo viejo pasó, que todo es nuevo (2Co 5), se refiere a la reconciliación. Esto me gustaría que quedaría muy grabado en vosotros que ejercéis el carisma de la intercesión porque la segunda palabra que define qué es la Iglesia es esta: “La Iglesia es una comunidad de personas que **reconciliadas con Dios** en Jesucristo viven la vida nueva”. La primera nota de un cristiano es vivir reconciliado y, a veces, las personas no acuden a confesarse porque saben que si lo hacen tienen que perdonar o cambiar de vida, o dejar esto o aquello... y van a la intercesión pensando que por esa puerta se pasa más fácilmente porque no afecta a lo profundo de su ser y su vida.

Interceder es cambiar el juicio por la misericordia, pero el juicio es el que hacemos nosotros sobre nosotros mismos sintiéndonos pecadores e indignos de esa misericordia. De ahí el hablarles de Dios como la misericordia, el presentarles a Jesucristo como el que ha venido a salvarnos de nuestros pecados, como el que acoge, como el que no juzga, como el que no condena..., porque muchos cuando se acercan a la in-

tercesión vienen ya juzgados, ya condenados. Por eso, hay que cambiar el juicio que traen sobre sí mismos o sobre las personas que les han herido por la misericordia de Dios. Y este paso del juicio a la misericordia sólo sucede por la gracia de Dios.

La tercera característica de este ministerio, es que los que interceden deben adquirir una actitud permanente de intercesión. Si cambiar el corazón de los hombres, que se juzgan a sí mismos y a los otros, es interceder, la actitud fundamental de vuestra oración personal y de toda vuestra vida es la de ser intercesores por vuestro pueblo: tenéis que adquirir, con la gracia de Dios, un corazón de intercesión que a toda hora esté latiendo por vuestros hermanos. Por eso, la intercesión, a la vez que es una gracia para vuestro pueblo, es una gracia de crecimiento para vosotros que va cambiando también vuestro propio corazón. La intercesión va sanando también vuestra heridas y se convierte en una gracia inmensa para vosotros, vuestras familias, vuestro entorno.

En cuarto lugar, la intercesión tiene un sentido profético. La intercesión la hicieron los grandes profetas del pueblo y, por supuesto, Jesús, el mayor de los profetas. Los profetas tenían dos misiones: una, la de interceder por su pueblo a toda hora, la de levantar sus manos a Dios continuamente por sus hermanos. Pero tenían una segunda misión: iluminarles desde la palabra de Dios, darles luz sobre su situación. Porque las heridas, como sabéis muy bien, nos ciegan, nos quitan la luz y el discernimiento. Si los intercesores tienen que acoger con amor para que los corazones se abran a la misericordia, si tienen que presentar las heridas para que el Señor las sane, tienen también que iluminar la pobreza del hermano para que su camino sea distinto al que hasta ahora ha seguido. Esa palabra de Dios que siempre en la intercesión se da, debe llevarnos a una meditación profunda porque, a veces, se abre la escritura al azar y suceden cosas ter-

ribles y en vez de iluminar se culpabiliza y en vez de liberar se condena. El que viene a ser sanado oye esa palabra y se siente más juzgado y más condenado que cuando llegó. Y entonces se empieza a dar giros a la palabra y vueltas y más vueltas para que diga lo que no dice, porque no se quiere herir al hermano. La palabra es Jesucristo, la misericordia y la luz es Jesucristo, ¡no olvidéis esto!, y si vosotros conocéis a Jesucristo tenéis que saber dónde aparece Jesucristo como la palabra que necesita el hermano, como la palabra que tocará su corazón. Esto no es elegir nosotros la palabra e impedir que Dios lo haga. Esto es que conocemos profundamente a Jesucristo, que conocemos su palabra, y que como lo que buscamos es dar a Jesucristo a la persona por la intercedemos, no le damos una sorpresa, no le damos un susto que en ocasiones puede recibir si abrimos la palabra sin más. El Señor pondrá esa palabra en nuestro pensamiento y en nuestro corazón. Igual que no se puede abrir el sagrario por las buenas, sino que hay que tener una orden sacerdotal o una consagración, tampoco se debe abrir la palabra de Dios sin un conocimiento y una unción profunda de lo que es. Si a Jesucristo le conocemos, sabremos dónde se manifiesta como respuesta para el problema del hermano y esa es la palabra que hay que darle para iluminar su vida. Mucha gente no ha vuelto a intercesión o ha abandonado incluso la Renovación porque se le ha hecho daño y ha salido culpabilizada y con miedo de una mala intercesión. Si interceder es cambiar el juicio por la misericordia y la gente sale herida... ¡imaginaos! No se ha ejercido bien este ministerio y eso es profanar una gracia del Señor tan enorme como es la intercesión. Por

eso, yo os aconsejo que no abráis la palabra de Dios al azar: abrid el corazón de Jesucristo, al que conocéis, a través de su palabra, que conocéis. Si en alguna ocasión estáis perdidos y no viene a vuestro corazón una palabra, orad fuertemente antes de abrir la Escritura para que realmente sea del Señor, y discernirla antes de darla al hermano. Todo esto no significa que la palabra no sea a veces dura. Si es realmente del Señor, ya sea que ha llegado a vuestro corazón o hayáis abierto la Biblia, acabará siendo de una liberación y de una luz impresionante para la persona. Sed conscientes de que siempre, cuando estéis intercediendo, tenéis que tener un oído en el hermano y el otro en Jesucristo. Cuando se escucha a Jesús se sabe de su corazón y de la palabra que va iluminar esa vida y esa situación.

Y, por último, hay otro detalle que tenemos que tener en cuenta. A veces se les puede dar a los hermanos, como palabra de Dios, algo que sólo son consejos desde nuestra propia psicología. Hay que tener muchísimo cuidado con esto porque nuestra psicología puede estar tan herida como la de los que vienen a intercesión y nuestro inconsciente puede traicionarnos y lo que nos diríamos a nosotros mismos es lo

que acabamos diciendo a los hermanos. La psicología humana es muy compleja y por ello el discernimiento que implica la intercesión – porque en intercesión siempre hay que hacer un discernimiento – tiene que hacerse desde la palabra de Dios. En ocasiones

podemos tender a decir: –“Mira yo estaba en tu situación y te digo que...” En otro contexto, y si el Señor nos lo da como testimonio, puede estar bien, pero tenemos tantas influencias dentro, tantas heridas, vemos tan poco que, a veces, al dar una respuesta al hermano lo hacemos desde nuestra situación presen-



te o pasada, y aconsejar a otra persona desde mi psicología en el terreno de la intercesión y del plan del Señor sobre ella, puede resultar muy peligroso porque hacemos asumir al hermano nuestros propios sentimientos y, a veces, nuestra propia culpabilidad.

En resumen, ahondar en estas dos cosas: Una, cómo Dios hace alianza con la pobreza de los hombres y cómo tiene poder para tocar su corazón para que así puedan acoger su misericordia. Y también, cómo utiliza a los intercesores para ayudarles a no tener miedo, a no desconfiar, a atreverse a desnudarse ante él. Y la segunda, cómo hay que iluminar la pobreza con la que el hermano viene con la palabra de Dios para que en adelante su vida cambie. Si el Señor ha tocado sus heridas con su amor y le ha curado, no puede seguir viviendo desde ellas sino que tiene que comenzar una vida nueva.

Tenéis que profundizar y formaros en vuestro ministerio. La alianza de Dios con la pobreza del hombre y cómo prepara su corazón para acoger la misericordia es una parte de la Escritura que tendréis que orar y meditar en las reuniones del ministerio para que sean la guía de vuestro corazón para procurar hacer las cosas como las hace el propio Dios. Sobre el discernimiento para orientar una vida está muy estudiado en la Iglesia y debéis conocerlo. Lo mismo que a nosotros, cuando nos ordenan sacerdotes, nos dicen: “Profundiza bien en lo que vas a hacer y hazlo como lo haría Jesús, el Señor”, eso mismo os digo a vosotros ahora: profundizad en el ministerio al que habéis sido llamados. Será una gracia de crecimiento maravillosa para vosotros, porque uno crece espiritualmente cuando ejerce el carisma al que el Señor le llama.



Como final, deciros que entrar en este ministerio con todo vuestro ser significa que vuestra forma de orar es la intercesión, que la intercesión es vuestra forma de servir y, por lo tanto, vuestra forma de amar, porque Jesús identificó el servicio con el amor. La intercesión es vuestra forma de amar a este pueblo y, además,

de incorporaros a la pasión de Cristo y a su plan de salvación y amor sobre los hombres. Y esto es muy serio. Cuando leáis en la escritura “intercesión”, debajo pondrá: “véase mediación”. Interceder es ser mediadores entre Dios y los hombres, es incorporar-nos a la pasión de

Cristo y a su amor infinito por todos. Y cuando os incorpora el Señor a su pasión, a la gracia que nace de la cruz para los hombres, os está haciendo un regalo maravilloso: os está introduciendo en su propia cruz y, si os introduce en su cruz, os introduce en su salvación. Porque ahí es donde esta la salvación: no hemos encontrado ningún lugar de salvación más que la cruz de nuestro Señor Jesucristo. Y la maravilla de que os introduzca en su cruz, en su pasión por los hombres y os haga como el cauce que nace de su propio corazón crucificado, es que os está haciendo eucaristía. Sabéis que la Eucaristía es el amor de la cruz de Jesús expresado en el pan y en el vino, en el cuerpo y la sangre del Señor entregados a los hombres. Si os introduce en su pasión, os introduce en los frutos de su pasión, en el resultado de su pasión por los hombres que es la Eucaristía.

Como dice el texto de la carta a los Romanos que hemos leído, la intercesión está dentro del proceso del amor infinito de Dios por los hombres, amor manifestado en plenitud en Jesucristo, el Señor. El amor de Jesucristo en la cruz quiere llegar a todos los hombres y os ha elegido como mediadores. Esto es

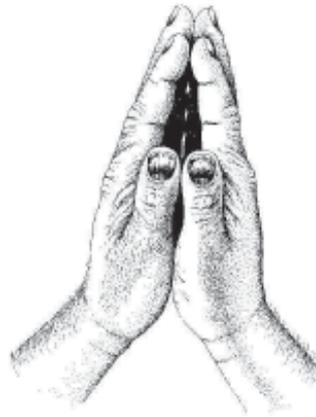
inmenso, es una gracia especialísima, porque estar en la cruz de Cristo es estar en la salvación, en la resurrección y en la vida, y es estar en la eucaristía que celebramos en nuestro pueblo ejerciendo como intercesores, como lo estoy yo ejerciendo el ministerio del sacerdocio. Exactamente igual. Y si os hacéis sensibles a esto, entonces vuestra vida puede dar un giro de 180° porque reconocer y experimentar que Jesucristo os ha unido a él, os ha unido a su pasión y a los méritos de su pasión y os utiliza como instrumentos unidos a él para que llegue directamente esa gracia de reconciliación y de sanación a los hombres es una forma de consagración impresionante.

Dice san Pablo: “*Por lo demás sabemos que en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman...-y me estoy refiriendo a vosotros- pues a los que de antemano conoció a esos los llamó a reproducir la imagen de su Hijo...*” y aquí estáis y sabéis a qué os ha llamado el Señor y qué quiere hacer a través de vosotros. Luego tendréis tiempo de orar y adorar esta gracia, pero cuando se conoce empieza a entrarle a uno una especie de temor especial: -“¿yo, Señor?, ¿yo introducido en tu plan de salvación por los hombres?, ¿yo en tu cruz repartiendo la gracia de tu amor?, ¿yo siendo tus manos, tus ojos, tu corazón?” Uno se estremece pero esta es la realidad del cuerpo de Cristo y aquí nos lleva la sensibilidad de nuestra fe. Sabemos que este misterio se realiza en miembros débiles porque la misma Cabeza, Jesús, se hizo débil y esto quita todo nuestro miedo. Porque cuanto más débiles seáis para ejercer este ministerio y peor os sintáis más podrá pasar por vosotros el amor de Cristo, el poder de Dios. Es una experiencia que ya tenemos todos y que yo hoy os confirmo: cuando uno se siente pura inutilidad, ve la maravilla del poder de Dios actuando y pasando por uno, mientras que cuando uno se cree muy fuerte en sí mismo y muy seguro, es una cauce cegado por el que

Dios no pasa.

Cristo acoge hoy vuestra debilidad porque vino a asumir toda la pobreza de vuestra vida, y viéndoos pobres, viéndoos débiles, viéndoos heridos en muchas cosas, viéndoos impotentes para tantas circunstancias de la vida que os rodean, os elige. ¿Por qué? Por aquello que nos explica la carta a los Hebreos: que Jesús tuvo que hacerse débil y pobre para darnos una palabra a todos los que lo somos, hacerse pecado para tener una palabra de consuelo con los que somos pecado, para que todos los pobres de la tierra pudiéramos sentirnos acogidos por él (Cf Hb 2,10ss). A este misterio de pobreza os va a llevar el Señor, pero una pobreza tan amada y elegida que él va a utilizar como cauce de su amor. Id aprendiendo lo que este ministerio es como elección de Dios sobre vosotros, id adentrándoos en el misterio del amor con que os ha llamado, id aceptando con humildad vuestra infinita pobreza que es lo que va a utilizar para llenar a todos los pobres que se acerquen a vosotros de su amor entrañable. Cuando

esto vaya calando más y más en vuestro corazón os irá transformando cada vez más en imagen de Jesús y si no sucede así será porque no estéis ejerciendo bien vuestro carisma. La palabra clave está no en entender, no en poder, sino sólo en acoger. ¿Eres capaz de acoger y aceptar la infinita pobreza de tu vida para que Jesucristo se manifieste a través de ella a tus hermanos? Porque no se trata de ningún mérito personal, ni de tener ningún poder sino de acoger la pobreza necesaria para que Jesucristo desde ti tenga una palabra de misericordia, de consuelo, de salud para sus hijos. Si sucede así, tendremos un Jesucristo más cercano a todos nosotros, un Jesucristo crecido que intercede en nuestra comunidad por los más pobres de los pobres. Y lo



tendremos en nuestro cuerpo de carne porque en él y desde él va a realizar el Señor este ministerio. Yo cuando me ordené pensaba que el ejercicio del sacerdocio y de los carismas en la Iglesia era algo así como una teoría espiritual. Pues, no: en nuestro cuerpo de carne sucede la gracia. Tú eres una mediación: pasa por ti Cristo a los hombres, y los hombres a Cristo por ti, y este cauce que tú eres el Señor lo va limpiando, liberando, sanando, sacando de su egoísmo y dándole una santidad y una vida nueva preciosas.

Pues, para que el Señor pueda realizar la maravilla que quiere hacer en vosotros, le pido que ponga en vuestros labios la palabra de todos los profetas: “Heme aquí, Señor, heme aquí. Yo no soy nada ni tengo nada, pero heme aquí”.

¡Gloria al Señor!

Para meditar

A continuación os incluimos el texto que utilizamos para la meditación en la reunión de servidores de toda España que celebramos en Pozuelo el pasado mes de septiembre.

S. Rayan, “El Espíritu Santo”, Secretariado Trinitario, Salamanca 1990. Citado por Vicente Borragán en “Ríos de agua viva”, San Pablo, 1998.

“La Iglesia de nuestros días, como la de todos los tiempos, tiene que dar oportunidades al Espíritu para que rompa y penetre en el mundo, dejarle espacios abiertos por donde

pueda entrar y cambiar esta tierra. Si la Iglesia o los hombres se atan con cosas de este mundo: poder, dinero, planes, prestigio, influencias, proyectos, incluso aparentemente apostólicos, pero nacidos de nuestra inteligencia o nuestras estrategias..., el Espíritu Santo no podrá penetrar a través de ese manto oscuro de leyes y normas, de reglas y estructuras, de costumbres y hábitos. No puede entrar en una Iglesia ni en unos hombres que viven un ritmo de vida demasiado confortable, sin inquietarse por nada, segura en sus edificios y en sus estructuras. ¿Qué es lo que bloquea al Espíritu para que no entre en nosotros?”

“El Espíritu es viento, es sorpresa, es libertad. No puede ser controlado ni programado. Por tanto,

todos, pastores y fieles, tenemos que estar preparados para ser sorprendidos y urgidos por él, para dejarnos llevar a tierras nuevas, por caminos no trillados. No es el Espíritu quien debe someterse a la Iglesia y a sus pastores, sino los pastores al Espíritu. Él es quien guía, orienta y dirige la Iglesia. Tenemos que situarnos en la dirección en que él sopla y estar dispuestos a ser conducidos hacia lo desconocido, hacia lo inimaginado, hacia lo sorprendente. Él nos puede obligar a hablar en lenguas, a profetizar, a hacer milagros y a expulsar demonios. El Espíritu puede provocar el pánico en la Iglesia, en sus pastores y en sus fieles. Es más cómodo vivir en la seguridad de nuestras prácticas y de nuestras leyes, que a la intemperie

del Espíritu. Es mejor un Espíritu de orden que un Espíritu incontrolado, que nos fuerza a seguirle por sendas no roturadas. Nos asusta ese viento imprevisible y sorprendente que viene de Dios. **Por eso, tenemos que pedir al Espíritu que nos dé una apertura de corazón para que podamos ser conducidos a donde él quiere llevarnos y no**

hacia donde nosotros queremos ir. Tenemos que estar dispuestos a que todos nuestros planes sean trastocados por el Espíritu y orientados en otra dirección”.

“Estamos llamados a soñar con nuevos caminos, nuevas posibilidades, nuevos estilos de vida, nuevas formas de vida religiosa, nuevos ti-

pos de estructuras, una nueva iglesia, reunida en torno a Jesús, salvada y amada por el Señor. Algo hermoso puede nacer y ya está pidiendo paso si, bajo el impulso del Espíritu, reunimos valor para soñar y dar formas a los proyectos más audaces, a los sueños y a los deseos más imposibles”.

Un encuentro fraterno y bendecido

Los días 25 y 26 de septiembre celebramos en Pozuelo de Alarcón (Madrid), en la parroquia de Santa María de Caná, un encuentro de hermanos de muchos lugares de España, con el objeto de clarificar nuestra postura ante el hecho de la aprobación de unos estatutos que convierten a la Renovación Carismática de España en un movimiento con la figura jurídica de asociación privada de fieles.

Junto con los hermanos servidores de regionales o de grupos estaban hermanos de Madrid que hacían posible el encuentro (transporte, acogida, música,..): Una bella asamblea de unos 40 hermanos. Otros que hubieran deseado estar no pudieron, y los tuvimos presentes en el corazón.

Con la acogida alegre y fraterna del sábado comenzó nuestro encuentro: largo rato de oración y presentaciones. El Señor nos bendijo con su presencia, nos regaló una alabanza poderosa y recibimos del Señor dos palabras: Is 43,18-21 y Ez 36, 24-30 que llenaron nuestro corazón.

Posteriormente tuvimos un largo tiempo de compartir la situación de cada Región representada. La grandísima Zona Norte (Rioja, Cantabria, País Vasco y Navarra) representada allí por todos los hermanos de su Regional, la Zona Centro con su regional, la Regional de Cataluña y luego hermanos de grupos desde el Norte al Sur de España. Entre todos pudimos hacernos una idea clara de lo que hemos ido

viviendo y de lo que deseamos vivir y no perder.

Por la tarde celebramos la Eucaristía, presidida por el P. Santiago Gaminde, consiliario diocesano de la RCC. Un nuevo tiempo de bendición, acogida de la Palabra y vivir en Iglesia la presencia Eucarística. Nuestro encuentro siguió después de la cena buscando concretar el orden del día siguiente, centrándonos en los pasos a dar para caminar juntos en la bendición carismática recibida en el seno de la Iglesia.

Se definieron, por unanimidad, dos actitudes básicas:

1. Una apertura de corazón hacia todos los hermanos que han elegido la opción de los estatutos, con un deseo de colaborar y compartir con ellos en todo lo posible.
2. La certeza de que no debíamos traicionar la gracia recibida del Señor en la Renovación Carismática y la decisión de mantenernos en la fidelidad a la vocación a la que habíamos sido llamados.

Comenzamos el domingo con el rezo de las Laudes, acompañados por un grupo de seminaristas de Burgos que pasaban el fin de semana en la parroquia de Sta. María de Caná.

Se presentó un esquema borrador de trabajo, elaborado durante la noche. Se trabajó durante toda la mañana, con una gran paz, sobre ese documento. Con todas las correcciones aportadas y tras las lecturas y revisiones pertinentes llegamos por

unanimidad total, a los que dimos en denominar “Manifiesto de Pozuelo”, que ya habrás recibido y que adjuntamos en el presente boletín de la Región.

Señalamos un próximo encuentro de las mismas personas que estábamos y de los hermanos servidores o sacerdotes que no habían podido venir. En ese segundo encuentro miraremos la manera más útil de coordinarnos pensando en el servicio de pastoreo de todos los hermanos. Nos invitamos a estrechar los lazos de fraternidad entre nosotros, compartiendo retiros, celebraciones y asambleas, como en los primeros tiempos de la RC. Y como hemos señalado en el Manifiesto, buscaremos formar un ministerio de varias personas, encargado de establecer unas relaciones fraternas de colaboración con los hermanos de la RCC estatutaria.

Nos despedimos alrededor del altar en la Celebración de la Eucaristía presidida por el P. Lázaro Iparraguirre. Todo el encuentro se desarrolló con una paz profunda, sin ninguna discrepancia, con un gozo y una alegría grandes. El Señor nos bendijo con la presencia poderosa de su Espíritu, con una alabanza y cantos en lenguas fortísimos, con una gran transparencia en el compartir y una enorme libertad interior.

Agradecemos al Señor su misericordia y su bondad con todos nosotros y a los hermanos de Madrid su generosidad en la ayuda para que el encuentro fuera una bendición.

El rincón de vuestros Testimonios

Esta Pascua ha sido realmente “paso del Señor” en mi corazón. Fui sin ganas a El Pardo, estaba muy cansado y lo único que me apetecía hacer en esos días era tumbarme en una playa y no hacer nada. El jueves, en la homilía de Chalo en la Eucaristía, el Señor me dio el primer toque: el mismo toque que llevaba un montón de años dándome.

Hace varios años (no sé decir exactamente cuántos, pero alrededor de siete), empecé un proceso de vida espiritual más en serio en la Renovación. Aunque había hecho mis siete semanas muy jovencillo (con 15 años) y antes desde pequeño había vivido la Renovación muy de cerca gracias a mi madre, realmente no estaba comprometido con el Señor.

Leyendo el libro de “El coraje de tener miedo” y llegando a un punto, me di cuenta de que, en conciencia, no podía seguir leyendo: No estaba dispuesto a entregarme al 100% al Señor, no sabía que podía pedirme y yo quería hacer muchas cosas: casarme, tener hijos... ¿Y si el Señor me pedía seguir otro camino? Así que le dije. “Me planto, te quiero mucho pero dame un tiempo para vivir mi vida”. Ahora lo pienso y me digo: ¡Qué iluso!, si mi vida no me ha pertenecido nunca, si es Dios quien me la ha dado, si “he sido comprado” por Cristo. Además, ¿cómo iba a hacerme mal el que dio la vida por mí?

Luego Chalo empezó a hablar del lavatorio de los pies, de que tenemos dos opciones: la primera de Pedro: “Jamas permitiré que me laves los pies...” y la segunda, también de Pedro: “Señor, no sólo los pies; lávame también las manos y la cabeza... y el alma...”

Pero yo estaba viviendo la “tercera vía”, que también nos contó, la piedra que un monje recogió del lecho de un río y que al romperla, por dentro estaba seca; yo he estado años como ella sumergido en el río, mojado por fuera pero seco por dentro. Exteriormente viviendo una vida espiritual e interiormente sabiendo que no dejaba al Señor ser Señor. Y empecé a oír de nuevo la misma canción de siempre: “*Sigo esperando. ¿Cuándo me vas a dejar entrar?*”

Al día siguiente, Viernes Santo, nos ponían la película de La Pasión; yo no quería verla, pensaba quedarme a

cuidar de los niños. Racionalmente me justificaba con los comentarios de otras personas y con los artículos que había leído en contra de la película: ¿Qué necesidad había de recrearse en lo morboso? Ahora me doy cuenta de que en realidad lo que no quería era “conmoverme”, no quería “ser tocado”.

La película me conmovió y me retorció por dentro, supongo que como a todos. Pero llegada una escena, aquella en la que Jesús cae delante de su Madre y dice algo así como: “*¿Ves Madre? Yo hago nuevas todas las cosas*”, sentí muy fuerte en mi corazón que el Señor me preguntaba: “*¿Todo?, ¿o aún me queda por cambiar tu corazón?*” Entonces rompí a llorar. ¿Cómo había podido estar tanto tiempo dándole largas a Aquél que estaba entregando su vida por mí de aquella manera? Desde entonces, tengo clavada esa mirada de Jesús diciéndole a su madre en plena tortura: “*¿Ves cómo lo he cambiado todo?*”



En la adoración de la Cruz por la noche, le entregué al Señor mi corazón, o al menos le dije que por fin quería o estaba dispuesto a entregárselo. Ahora no sé cómo hacerlo, pero quiero hacerlo. Supongo que me queda un largo camino de pequeñas “entregas” y “muertes de mí mismo”, que tendré que pasar por el molino muchas cosas. Pero, como dijo Chalo, el arma que me da el Señor es la oración, la mía y espero que la de mis hermanos.

Pues éste es mi testimonio de lo que viví esta Pascua. Todo ha sido gracias al Señor, pero también gracias a Chalo, Baby, mi madre, las otras dos Marías, M^a Eugenia, Mayte, José Antonio, Marta y Chema, Mariana (que me empujó a ir), etc.

¡Gracias Cristo y gracias hermanos!

Carlos



A tu servicio

Queridos hermanos: simplemente recordaros que este boletín ha nacido con la vocación de ser distribuido por correo electrónico GRATIS. Como os dijimos, los primeros números los vamos a distribuir también en papel con objeto de que lo conozcáis y entre todos construyamos un medio de comunicación útil para vuestro crecimiento espiritual.

Somos conscientes de que muchos de vosotros todavía no tenéis acceso a este sistema de correo. Por ello, permitidnos apelar de nuevo a los hermanos que ya lo tenéis para que contribuyais a hacer llegar este Boletín a todos aquellos que les pueda interesar. Os damos las gracias por anticipado.

Recordaros también, que en las direcciones que ponemos debajo de estas líneas podemos recibir tus sugerencias y comentarios.

Dinos si el documento te ha servido para algo, qué te gustaría que incluyera o qué te sobra. Si tienes alguna colaboración que hacer, noticias, carta, testimonio, etc., estos son los sitios a los que enviarlas. Desgraciadamente, no te podemos garantizar su publicación, pero sí trataremos de encontrar el mecanismo para mencionarla, por si alguien la quiere conseguir por correo o e-mail.

Teléfonos de contacto: 917735644 (Maria Jesús)

e-mail: coordinadoraregional@rcc-centro.org

correo ordinario: Maria Jesús Casares Guillén

c/ Camino de los Vinateros, 119

28030 Madrid

Tu equipo de servidores en la zona centro:

Chalo González, Jose Antonio Molina, Licerio Osuna, Mamen Sánchez, Maria Jesús Casares y Pilar del Barrio

